

ces, la frente ampliada, la nariz como el pico de una paloma, los labios gruesos, reposado el aspecto, la apostura.

Envuelto en su airosa, marchaba con el andar y gallardo de un arrabal de tercios.

Había salido, después de vagar a la ventura, por un bullicioso tráfico. La ciudad le había aturdo ya a la media noche, y él había huído del bullicio lentamente por las afueras.

Don Alvaro, a pesar de lo continente y serio, iba aquella noche por una de las atarmentadas de la ciudad.

Dos días antes, después de posar la necesidad de regresar al día siguiente a su hogar, cobijó en un modesto apartamento.

Ya en su refugio, cuando el tiempo rumió de desoladora de su desdicha, horas inacabables, según el desmayo de espoleo de su afán, su desazón, desgarró.

Vió un día deshecho de su felicidad, rotura de vida, por la noticia violenta: ¡su mujer!

En su ecuanimidad y feliz fué un día lloso. Aterrado por la sin noción del tiempo de sus ideales. El aniquilaba sus fuegos una sensación de una crisis de exaltación la cual enturbiaba pesadilla del crimen crispaban, con temblores Y, por último, una cía, temor y angustia de lo irremediable. Pasaron cruentos momentos de insostenible situación insostenible y forzada sorpresivos. Y, al fin, redujo la sorpresa a quillos por la impudencia que le ocurría. Guraba la ausencia de un momento acusador.

## LA RAZON — SUPLEMENTO

—Con ellos se gana tiempo—me decía mi amigo.—Pero es necesario saber emplearlos.

Delante de la casa, en el patio, estaba instalada la Escuela del Hogar.

La vieja condesa de C. partía azúcar, y la célebre bailarina escriturita Y... en aquel momento tenía la escoba.

El árbitro de las elegancias, Andrés de Fouquieres, hallábase ocupado limpiando unos objetos de metal hasta pulimentarlos, y la distinguida condesa de E., sudorosa, sacudía

muebles. No en vano se ha dicho que sostenía el salón más brillante de París.

Obedecen de una manera extraordinaria, me indicó mi acompañante.

De pronto se detuvo delante de él un joven que no hacía más que dar vueltas a la gorra entre las manos.

—Señor—dijo al fin,—no podremos almorzar.

—¿Por qué?

—El poeta ha raptado a la cocinera.

prurito de meterse en las vidas privadas y con la alegría de la vida.

—::—

El humorista salía de comprarse los sombreros con el número y el precio en la cinta. Era una ventaja humorística de los sombreros que él aprovechaba.

Iba viendo las miradas de sorpresa de todas las gentes y hasta oír la opinión de algún entendido: «Pues, no es caro por 12.50».

Había señoras nerviosas que estaban a pique de sufrir un accidente al ver un sombrero tan en ridículo y pensar que a ellas les pudiese suceder lo mismo alguna vez.

Hasta que por fin se le acercaba un guardia que se compadecía de aquel pobre hombre que como él llevaba un número en el sombrero y le decía con sigilo: «Métase en un portal y quítese el precio del sombrero». El humorista se resistía y entonces el guardia piadoso descorazonado le amenazaba con ponerle una multa como vendedor ambulante sin licencia. Sólo en ese caso obedecía.

—::—

Desconfiaba de esos amigos que como él decía: «¡A lo mejor quieren ser Condorcet!»

*Ramon Gomez de la Serna*

Madrid, Setiembre de 1925



## LATIDOS DEL HUMORISTA

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

Para LA RAZON

Tenía una mancha en la solapa y ante ella siempre decía:

—La mancha en la solapa es la mancha honrosa, es casi una roseta.

—::—

Sus teorías se expresaban así:

«Si no tuviésemos en las americanas el botón que aprieta no pararíamos de engordar... El aviso más fiel de cómo vamos es ese botón central si la americana tiene tres botones o primero si tiene dos... Avisa como el sastre de nuestra conciencia corporal que dijere: «¡Cómo va usted engordando, don Fulano!»... Hasta que se sienta que aprieta menos hay que estar a régimen... Lo que no hay nunca es que suprimirlo, o variar de sitio».

—::—

Palabras suyas en un álbum:

«Cuando se ha estado ausente y se oye sonar las horas al reloj, se siente una gran gratitud por el que

no cabe duda que ha dado con todas sus campanadas todas las horas de nuestra ausencia».

—::—

El humorista tenía recursos especiales contra todo. Así cuando apretaba el frío se ponía en los pantalones esos ganchos rizados con que se ciñen la boca del pantalón los ciclistas. «Hay verdaderos hallazgos de la civilización que conviene no olvidar», como decía él.

—::—

Dos aspiraciones tenía el humorista, o que le declarasen monumento nacional o que le hiciesen el humorista de la Sociedad de las Naciones, que están necesitando un humorista en su seno.

La declaración de monumento nacional supondría un éxtasis perfecto en su salud, la consagración de una pereza monumental y el recibir una buena consigna para conservación. No puede haber mejor ideal para un escritor.

Humorista de la S. D. N. también tendría tan buenos emolumentos y, además, allí se necesita quien ataje todos los excesos de la sociedad y su